

espíritus sobre la tierra para luchar en el combate de la luz contra las tinieblas. No son ya los hombres, ni los sabios, ni los filósofos, los que nos traen una nueva doctrina. Son los genios del espacio, que vienen á nosotros é inspiran á nuestro pensamiento las enseñanzas que deben regenerar al mundo. ¡Son los Espíritus de Dios! Todos aquellos que posean el don de la clarividencia los perciben, cerniéndose sobre nosotros, mezclándose en nuestros trabajos, luchando á nuestro lado por el rescate y la ascensión del alma humana.

Muy grandes cosas se preparan. Que los trabajadores del pensamiento se levanten, si quieren participar de la misión que Dios ofrece á todos los que aman y sirven de la verdad.

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

NO. 1.—SOBRE LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA Y LOS ORIGENES DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Para la mayor parte de las Iglesias cristianas la Biblia es la suprema autoridad, siendo los sesenta y seis libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento la expresión de la "palabra de Dios."

Nosotros, curiosos hijos del Siglo XIX, nos preguntamos: ¿Por qué precisamente sesenta y seis libros? ¿por qué no más ni menos?

Los libros del Antiguo Testamento fueron escogidos, entre muchos otros, por rabinos judíos desconocidos. El valor de estos libros es por otra parte muy desigual. Por ejemplo, el segundo libro de los *Macabeos* es con mucho superior al de *Esther*; el libro de la *Sabiduría* aventaja al *Eclesiástico*.

Lo mismo pasa con el Nuevo Testamento, compuesto conforme á una regla que los cristianos del primer siglo no conocían. El *Apocalipsis* fué escrito en el año 68 después de J. C. El cuarto Evangelio no apareció sino al final del primer siglo—algunos dicen que en el año 140;—el uno y el otro llevan el nombre de *San Juan*; y sin embargo, estos dos libros están animados de un espíritu muy diferente. El primero es obra de un judío cristiano; el otro está escrito por un cristiano de la escuela filosófica de Alejandría, que no sólo había roto con el dogma judío, sino que se empeñaba en combatirlo.

Fácilmente se comprende que los reformadores protestantes, al basarse sobre el principio de que la Biblia constituye la "palabra de Dios," hayan tropezado con dificultades insuperables. Ellos son sobre todo los que atribuyeron á la Biblia esa autoridad absoluta que había de ocasionar tantos abusos. Pero no hay que juzgarlos tan sólo por los resultados de la teología que ellos edificaron. Las necesidades de la época los obligaron á oponerse á la autoridad de la Iglesia romana, al abuso de las indulgencias, al culto de los santos, á las obras muertas de una religión en la que las prácticas frívolas habían reemplazado á

la fe vivificadora, á la soberanía de Dios y á la autoridad de su palabra, explicada por la Biblia.

A pesar de la desigualdad de elementos que constituyen esta obra, no podría negarse su gran importancia y su elevada inspiración. Un rápido examen nos demostrará, sin embargo, que no puede tener el origen que se le atribuye.

Génesis.—Si leemos con atención los primeros capítulos del Génesis, notaremos que encierran dos narraciones distintas de la Creación. Los capítulos I y II, v. 1 á 3 contienen una primera exposición, pero en el capítulo II, 4, vuelve á comenzar otra narración: estas dos narraciones nos hacen creer en dos autores diferentes. Uno de ellos, hablando de Dios, le llama Elohím; el otro se sirve del nombre de Jehovah—Jahvé, según los modernos orientalistas,—nombre particular del Dios de Israel. Esta diferencia es constante y se encuentra á menudo en toda la obra, hasta tal punto, que los exégetas han legado hasta distinguir estos dos autores, designándolos con los nombres de autor Elohista y autor Jehovista.

Estos dos autores tienen opiniones particulares y distintas, cuya aplicación produce á veces graves consecuencias. Por ejemplo, el autor del Génesis, I á II, 3, se ha esforzado en dar sanción divina á la institución del sábado, alegando que Dios había descansado el séptimo día. El autor del capítulo siguiente explica el problema del sufrimiento humano. Este proviene, dice, del pecado, y el pecado emana de la caída de Adam. Terrible encadenamiento de consecuencias dogmáticas que debía caer pesadamente sobre el pensamiento humano y detener su vuelo. Renan proclama á este autor como el más grande de los filósofos. Esta es una extraña apreciación. No se podría negar, sin duda, que estas ideas hubiesen inspirado á San Pablo, á San Agustín, Lutero, Calvino y Pascal; pero en qué espantoso dédalo han extraviado á la razón humana!

Deuteronomio.—Consideremos el quinto libro del Antiguo Testamento. Se dice en el cap. I, v. 1, que Moisés fué el autor. Hé aquí un primer ejemplo de esos fraudes piadosos, que consistían en publicar un escrito con el nombre de autor venerado, para darle mayor autoridad. Ya tenemos noticia acerca del origen de este libro, por la narración de los Reyes, II, XXII, v. 8 y 10. Fué encontrado en el templo, en el reinado de Josías, uno de los últimos reyes de Judea, cinco siglos después de Moisés, en una época en que el astro de la dinastía de Judea se inclinaba hacia su decadencia. El autor verdadero lo había evidentemente puesto en el templo á fin de que fuese descubierto y presentado al rey, hombre piadoso, que tomó el libro á lo serio, creyó que Moisés era el autor, y usó de su autoridad para aplicar las reformas que necesitaba. Los judíos estaban entonces sumidos en la idolatría; los preceptos de Moisés estaban de tal modo olvidados, que el autor del *Deuteronomio*, un reformador bien intencionado, habiéndose encargado de recordarlos en un libro, realmente provocó espanto en lo

espíritus y pudo hacer aceptar su libro como una nueva revelación.

Notemos, con este motivo, en el *Deuteronomio*, capítulo XXVIII, que las seductoras promesas y las aterradoras amenazas con las cuales el autor se esfuerza en restaurar el culto de Jehovah, se refieren exclusivamente á la vida terrestre. El autor parece no tener ninguna noción de la inmortalidad.

Lo mismo sucede con el *Pentateuco*, libro que, como el precedente y sin ningún fundamento, es atribuido á Moisés. En ninguna parte el gran legislador judío hace mención del alma como entidad sobreviviente al cuerpo. Para él la vida del hombre, criatura efímera, se desarrolla en el círculo limitado de la tierra, sin perspectiva abierta hacia el cielo, sin esperanza y sin porvenir.

Los otros libros de la Biblia no tratan del porvenir del hombre sino con la misma duda, con el mismo sentimiento de tristeza desesperada.

Salomón dice (Eccles., III, v. 17 y siguientes):

“¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube hasta las alturas? Meditando sobre la condición del hombre he visto que es lo mismo que la de las bestias. Su fin es el mismo; el hombre perece como el animal; lo que queda del uno no es más que lo que queda del otro: todo es vanidad.” (1)

¿Podrá estar ahí la “palabra de Dios”? ¿Puedese admitir que hubiese dejado ignorar á su pueblo predilecto los destinos del alma y la vida futura, cuando este principio esencial de toda doctrina espiritualista era desde mucho antes familiar y conocido en la India, en Egipto, Grecia y la Galia?

La Biblia establece como principio el monoteísmo más absoluto. No trata absolutamente de la Trinidad. Jahvé reina solo en el cielo, solitario y celoso. Los Angeles, de quienes no se habla en el Génesis, no se dejan ver sino de tarde en tarde como mensajeros del Eterno. Ningún lugar hay destinado para las almas de los hombres en esos cielos vacíos y tristes. En el punto de vista moral, se presenta á Dios en la Biblia con aspectos múltiples y contradictorios. Se le llama el mejor de los padres, y se le considera sin piedad para con sus hijos culpables. Se le atribuye la omnipotencia, la bondad infinita, la soberana justicia, y se le rebaja al nivel de las pasiones humanas, mostrándonoslo terrible, parcial, implacable. Se le considera creador de todo lo que existe, se le concede la presciencia, y en seguida se le cree arrepentido de su obra:

Génesis, cap. VI., v. 6 y 7: “Se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, y tuvo gran disgusto en su corazón.”

“Y el Eterno dijo: Exterminaré de sobre la tierra á los seres que he creado, desde el hombre, hasta las bestias, y todo lo que se arrastra, y hasta las aves de los cielos, pues me arrepiento de haberlos hecho.”

(1) “Todo es nada” dice el texto hebreo.

Solamente Noé y su familia alcanzaron gracia delante del Eterno. ¿Qué queda, después de este relato, de la potencia y previsión divinas? ¿Qué queda de su sabiduría y de su bondad después de las palabras de Ezequiel (Ez., cap. XX, v. 25) que hace decir al Señor que "ha dado á los judíos preceptos que no son buenos?"

No podemos examinar aquí todas las obras que componen el Antiguo Testamento. Las dimensiones del presente estudio no son bastantes para un trabajo tan extenso, trabajo, por otra parte, árido y fatigoso para el lector. Por un examen en conjunto, resulta que la Biblia no debería ser considerada como la "palabra de Dios," ni como una revelación sobrenatural. Lo que se debe ver en ella es una recopilación de relatos históricos ó legendarios, de enseñanzas algunas veces vulgares, con no pocas obscenidades, pero alguna vez también, de carácter elevado, relatos útiles para ser conservados y que encierran grandes cosas. La Biblia es obra de los hombres, el testimonio de su fe, de sus aspiraciones, de su saber, así como de sus supersticiones y de sus errores. Los profetas le prestaron la palabra vibrante que les había sido inspirada; los videntes trazaron las imágenes de las invisibles realidades que se les aparecían; los escritores introdujeron la descripción de escenas de la vida social y de costumbres de la época.

Con objeto de dar mayor peso y mayor autoridad á estas enseñanzas tan diversas, fueron presentadas como emanando de la Potencia soberana que rige los mundos.

NO. 2.—EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS.

El antiguo Testamento es el libro sagrado de un pueblo, del pueblo hebreo; el Evangelio es el libro sagrado de la humanidad. Las verdades esenciales que encierra se relacionan con las tradiciones de todos los pueblos y de todas las edades. Pero á estas verdades han venido á añadirse muchos elementos inferiores.

En este punto de vista, el Evangelio sólo es comparable á un vaso precioso en el que, entre polvo y cenizas, se encuentran perlas y diamantes. La reunión de estas joyas constituye la doctrina cristiana pura.

En cuanto á su verdadero origen, admitiendo que los Evangelios canónicos sean la obra de los autores cuyos nombres llevan, es preciso notar que dos de entre ellos, Marcos y Lucas, se ciñeron á transcribir lo que les habían dicho los discípulos. Los otros dos, Mateo y Juan, vivieron cerca de Jesús y recogieron sus enseñanzas. Pero sus evangelios no fueron escritos sino cuarenta y sesenta años después de la muerte del Maestro.

El siguiente pasaje de Mateo (XXIII, 35) prueba que esta obra es posterior á la toma de Jerusalem (año 70). Jesús dirige este apóstrofe vehemente á los Fariseos:

"A fin de que toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra caiga sobre vosotros, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, hijo de Barachia, á quien matasteis entre el templo y el altar."

Mas, según todos los historiadores y en particular según Flavio Josepho, (1) este asesinato se verificó en el año 67, ó sea treinta y cuatro años después de la muerte de Jesús.

Si se atribuye al Cristo la mención de un hecho que él no pudo conocer, ¿qué no se habrá osado atribuirle con relación á otros puntos!

Los Evangelios no están enteramente de acuerdo acerca de los hechos más importantes atribuidos al Cristo. Así, en lo que concierne á la Ascensión, Mateo y Juan, los únicos compañeros de Jesús que escribieron su vida, no hablan de ella. Marcos la coloca en Jerusalem (XVI, 14, 19), y Lucas declara que se efectuó en Bethania (XXIV, 50, 51).

Por otra parte, es evidente que el último capítulo del evangelio de Juan no es del mismo autor que lo demás de la obra. Este primitivamente terminaba en el verso 31 del capítulo XX, y el primer verso que le sigue indica una recordación.

¿Juan habría osado llamarse "el discípulo que Jesús amaba?" ¿Habría podido pretender que el mundo entero no podría contener los libros que se escribieran sobre los hechos y actitudes de Jesús (XXI, 25)? Si pues reconocemos que un capítulo entero se ha añadido á este evangelio, nos veremos precisados á suponer que es posible se hayan hecho otras muchas intercalaciones.

Ya hemos hablado del gran número de evangelios apócrifos. Fabricio contaba treinta y cinco. Estos evangelios, hoy desdeñados, no dejaban, sin embargo, de tener algún valor á los ojos de la Iglesia, puesto que en uno de ellos, que se dice de Nicodemo, apoya la creencia del descenso de Jesús á los infiernos, creencia impuesta á todo cristiano por el símbolo del Concilio de Nicea y de lo cual no habla ninguno de los evangelios canónicos.

En resumen, según A. Sabatier, decano de la facultad de teología protestante de Paris, (2) los manuscritos originales de los Evangelios han desaparecido sin dejar ninguna traza cierta en la historia. Probablemente fueron destruidos cuando se proscribieron en general los libros cristianos, por mandato del emperador Diocleciano (edicto imperial de 303). Los escritos sagrados que escaparon de la destrucción no son, por tanto, más que copias.

Primitivamente estos documentos estuvieron desprovistos de puntuación, pero en tiempo oportuno, fueron divididos en párrafos para la comodidad de la lectura en público; divisiones

(1) El Josepho, *Guerra de los Judíos contra los Romanos*, traducción de Arnau de Andilly, edición de 1838, de Buchon, lib. IV, cap. XIX, p. 704.

(2) *Enciclopedia de las ciencias religiosas*, de F. Lichtenberger.

las más veces arbitrarias y diferentes entre ellas. La actual división apareció por la primera vez en la edición de 1551.

A pesar de todos estos trabajos, lo que científicamente ha podido establecer la crítica como más antiguo, son los textos de los siglos V y VI: no ha podido extenderse más allá sino por conjeturas, siempre sujetas á discusión.

Orígenes se lamentaba ya amargamente del estado de los manuscritos de su época. Ireneo nos dice que pueblos enteros creyeron en Jesús sin el testimonio del papel y la tinta. Después nada se escribió, porque se esperaba la vuelta del Cristo.

No. 3.—LA AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

Un atento examen de los textos demuestra que en medio de las discusiones y de los trastornos que agitaron al mundo cristiano en los primeros siglos, no se temió, para crear argumentos, desnaturalizar los hechos y falsear el verdadero sentido del Evangelio. Celso, en el siglo II, en el *Discurso verdadero*, hacía á los cristianos el reproche de retocar sin cesar los Evangelios y de borrar al siguiente día lo que habían escrito la víspera.

Muchos hechos parecen imaginarios y añadidos muy posteriormente. Tales son, por ejemplo, el nacimiento de Jesús de Nazareth en Belem, la degollación de los Inocentes de lo cual la historia no hace mención alguna, y la huida á Egipto; la doble genealogía, en tantos puntos contradictoria, de Mateo y de Lucas.

¿Cómo creer también en la tentación de Jesús, que la Iglesia admite en ese mismo libro, y en que cree encontrar las pruebas de su divinidad? Satanás lleva á Jesús á la montaña y le ofrece el imperio del mundo si quiere someterse á él. Si Jesús es Dios, ¿Satanás podía ignorarlo? y si conocía su naturaleza divina, ¿cómo podía esperar sugestionarle?

La resurrección de Lázaro, el más grande de los milagros de Jesús, se menciona solamente en el cuarto Evangelio, más de sesenta años después de la muerte del Cristo, cuando hasta sus más pequeñas curaciones son citadas en los tres primeros.

Con el cuarto Evangelio y Justino mártir la creencia cristiana completa la evolución, que consiste en sustituir á la idea de un hombre vuelto divino, la de un sér divino convertido en hombre.

Después de la proclamación de la divinidad del Cristo en el IV siglo, después de la introducción en el sistema eclesiástico del dogma de la Trinidad en el VII siglo, se modificaron varios pasajes del Nuevo Testamento á fin de que fuesen la expresión de las nuevas doctrinas. (Véase Juan, I, 5, 7). "Hemos visto, dice Leblois, (1) en la Biblioteca nacional, en la de

(1) *La Biblia y los iniciadores religiosos de la humanidad*, por Leblois, partor en Strasbourg.

Santa Genoveva, en la del monasterio de Saint-Gall, manuscritos en los que el dogma de la Trinidad está añadido en el margen. Más tarde se intercaló en el texto, donde se encuentra todavía."

No. 4.—EL SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Entre los Padres de la Iglesia muchos afirman que los Evangelios encierran cierto sentido oculto.

Orígenes dice:

"Las Escrituras son de poca utilidad para aquellos que las toman tales como fueron escritas. El origen de muchos males está en el hecho de atenerse á su parte carnal y exterior."

"Así pues, busquemos el espíritu y los frutos substanciales de la Palabra, que son ocultos y misteriosos."

El mismo añade:

"Hay cosas que son referidas como si fuesen históricas, que nunca se verificaron y que eran imposibles como hechos materiales, y otras que eran posibles, pero que no se verificaron."

San Hilario declara con bastante insistencia que para comprender los Evangelios es necesario suponerles un sentido oculto, una interpretación espiritual. (1)

San Agustín abunda en la misma idea:

"En los hechos y milagros de nuestro Salvador hay misterios ocultos que no pueden interpretarse imprudentemente y á la letra, sin caer en el error y cometer graves faltas."

San Jerónimo, en su *Epístola á Paulino*, le dice con insistencia:

"Ten cuidado, hermano mío, en el camino que sigas en la Santa Escritura. Todo lo que leemos en la Palabra santa es luminoso y resplandece exteriormente, pero la parte interior es aún más dulce. El que quiera comer la nuez debe primero romper la cáscara."

De todos estos conceptos oscuros la Iglesia primitiva poseía el sentido, mas lo ocultaba con cuidado y se ha ido perdiendo poco á poco.

No. 5.—LA REENCARNACION.

El historiador judío Josepho hace en sus escritos confesión de su fe en la reencarnación; asegura que era la creencia de los Fariseos.

Esta idea no era, por tanto, extraña al pueblo judío; es lo que explica en muchos casos las preguntas hechas á Jesús por sus discípulos.

(1) Véase el prefacio de los Benedictinos al comentario del Evangelio según San Mateo, *Obras de San Hilario*, col. 599-600.

Con referencia al ciego de nacimiento, el Cristo responde á una de estas interrogaciones:

“No es porque él haya pecado, ni los que lo trajeron al mundo, sino con el fin de que resplandezcan en él las obras del poder de Dios.”

Los discípulos creían que se podía haber pecado antes de nacer, es decir, en una existencia anterior. Jesucristo participa de su creencia, pues que, venido para enseñar la verdad, no habría dejado de rectificar esta opinión si hubiera sido errónea. Muy al contrario, él responde explicando el caso que los preocupa.

El sabio benedictino Dom Calmet se expresa así en su *Comentario* sobre este pasaje de las Escrituras:

“Varios doctores judíos creen que las almas de Adam, de Abraham, de Phineo, han animado sucesivamente á muchos hombres de su nación. No es de ningún modo extraño que los apóstoles hubiesen raciocinado de la manera que raciocinaron acerca de la desgracia de este ciego, y que hubiesen creído que por algún pecado secreto, cometido antes de su nacimiento, se hubiese atraído esa desgracia.”

A propósito de la conversación de Jesús con Nicodemo, un pastor de la Iglesia holandesa escribe en estos términos:

“Es claro que la reencarnación es el verdadero nacimiento para una vida mejor. Es un acto voluntario del espíritu y no el resultado exclusivo del comercio carnal de los padres. Resulta de la doble resolución del alma de tomar un cuerpo material y de hacerse un hombre mejor, un verdadero hijo de Dios.”

“Notemos cómo San Juan (I, 13) niega abiertamente la cooperación de los padres en el nacimiento del alma, cuando dice: Que no son nacidos de sangre ni de carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.”

“Este es el verdadero pensamiento de Jesús, quien, en majestuoso lenguaje, dijo á sus discípulos: “No llamaréis vuestro padre á ninguna persona sobre la tierra; vosotros no tenéis más que un solo Padre, que está en los cielos.”

“Estas palabras nos han sido reveladas por los Evangelios sinópticos que, cuando son bien inspirados, reproducen más fielmente las palabras de Jesús que el de Juan, que es más bien una concepción libre y poética. Todos estos puntos oscuros se aclaran con viva luz cuando se les considera desde el punto de vista espírita.”

En la conversación de Jesús y Nicodemo, éste, al oír al Cristo hablar de renacimiento, no comprende cómo esto puede producirse. Ante esta estrechez de espíritu, Jesús se siente contrariado. Su pensamiento no puede extenderse ni explicarse. Para él la reencarnación no es más que el primer eslabón de una serie de más importantes verdades. Esta era ya conocida de los hombres de aquella época, ¡y sin embargo, había un doctor en Israel que nada de esto comprendía! De

aquí la respuesta de Jesús: “¿Cómo si no comprendéis las cosas terrestres, podría yo explicaros las celestiales, aquellas que se refieren á mi misión particular!”

De todos los Padres de la Iglesia, Orígenes es el que ha afirmado, del modo más preciso, en numerosos pasajes de sus *Principios*, (lib. I), la reencarnación ó renacimiento de las almas. Hé aquí en qué términos resume su opinión el abate Berault-Bercastel:

“Según este doctor de la Iglesia, la desigualdad de las criaturas humanas no es más que el efecto de sus propios méritos, porque todas las almas fueron creadas simples, libres, ingenuas é inocentes por su misma ignorancia, y todas, por esto mismo, iguales. El mayor número cayó en el pecado, y, en proporción de sus faltas, fueron encerradas en cuerpos más ó menos groseros, creados expresamente para servirles de prisión. De aquí los diversos estados de la familia humana. Pero por grave que haya sido la caída, ésta no implica jamás la vuelta del espíritu culpable al estado brutal; obliga solamente á volver á comenzar de nuevo la existencia, ya sea aquí abajo, ya sea en otros mundos, hasta que cansado de sufrir se somete á la ley del progreso y se mejora. Todos los espíritus están sujetos á pasar del bien al mal y del mal al bien. Las penas impuestas por el Dios Bueno son sólo medidas, y los demonios mismos dejarán de ser algún día los enemigos del bien y el objeto de los rigores del Eterno.” (*Historia de la Iglesia*, por el abate Berault-Bercastel).

No. 6.—LAS RELACIONES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS CON LOS ESPIRITUS.

En la lengua filosófica griega, la palabra demonio (*daímon*) era sinónimo de genio ó espíritu. Así era el demonio de Sócrates. Se hacía distinción entre los buenos y los malos demonios; Platón da aun á Dios el nombre de *todopoderoso demonio*. El cristianismo adoptó este vocablo en parte, pero cambió su significado (1). A los demonios buenos les dió el nombre de *ángeles*, y á los malos les llamó simplemente demonios, sin el adjetivo. La palabra espíritu (*pneuma*) quedó como la expresión usada para designar un sér privado de cuerpo carnal.

Esta palabra *pneuma* S. Jerónimo la traduce como *spiritus*, reconociendo con los Evangelios que los hay buenos, y otros malos. La idea de divinizar al Espíritu vino hasta el III siglo. Sólo hasta después de la *Vulgata* fué cuando la palabra *sanctus* se añadió constantemente á la palabra *spiritus*, no dando esta combinación otro resultado, en la mayor parte de los casos, que hacer el sentido más oscuro y hasta ininteligible. Los

(1) Véase, con este motivo, á San Justino, *Apologética* I, 18, pasaje citado después en la nota núm. 8.

traductores franceses de los libros canónicos se han excedido en este punto y aun han contribuido á desnaturalizar el sentido primitivo. Hé aquí un ejemplo entre otros muchos: Se lee en Lucas (cap. XI, texto griego):

10. "El que pide, obtiene; el que busca, halla; á aquel que llame le será abierto."—13. "Si pues vosotros, aun cuando seais malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, con cuánta mayor razón vuestro Padre enviará del cielo un *buen espíritu* á aquellos que se lo pidieren."

Las traducciones francesas dicen *el Espíritu-Santo*. Esto es un contrasentido. En la Vulgata, traducción del griego al latín, se dice *Spiritus bonum*, literalmente espíritu bueno. La Vulgata no habla absolutamente del Espíritu-Santo. El texto primitivo griego es todavía más preciso, y no podía ser de otro modo, puesto que el Espíritu-Santo, como tercera persona de la Trinidad, no fué imaginado sino hasta fines del II siglo.

Hay que hacer notar, sin embargo, que la Biblia en ciertos casos habla del Espíritu-Santo, pero esto siempre en sentido de espíritu familiar, de espíritu acompañante de una persona. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento (*Daniel*, XIII, 45) (1) se dice: "El Señor hizo surgir el espíritu santo de un joven llamado Daniel."

Con motivo del trato de los primeros cristianos con los espíritus, los siguientes pasajes de las Escrituras deben llamar nuestra atención:

Actas XXI, 9, 11, 12:

"Y dijeron á Pablo, por la influencia de un espíritu, que no subiese á Jerusalem."

La traducción francesa trae *Espíritu-Santo*.

Cor. XIV, 30, 31. Tratándose del orden que hay que establecer en las reuniones de los fieles:

"Que si alguno de los que están sentados (en el templo) tiene una revelación, que el primero se calle. Pues todos podéis profetizar uno después de otro, con el fin de que todos aprendan y que todos sean exhortados."

Resulta de esta instrucción que profetizar no era otra cosa que transmitir una enseñanza; es, aún hoy, el papel del médium parlante ó de incorporación.

Actas XXIII, 6-9, Pablo, dirigiéndose á una asamblea, decía:

"Es por causa de la esperanza de otra vida y de la resurrección de los muertos por lo que se me quiere condenar....."

Se produjo un gran rumor, y algunos de los Fariseos contestaron diciendo:

"¿No encontramos nada malo en este hombre? ¿Qué sabemos si algún espíritu ó un ángel le haya hablado?"

Actas XIV, 16, 17 (Pablo había sido advertido en sueño de ir á Macedonia con Timoteo):

(1) En ciertas Biblias, este capítulo figura aparte con el título de *Historia de Susana*.

"Encontraron una joven sirvienta que, teniendo el espíritu de Python, llevaba á sus patronos considerable ganancia con su facultad adivinatoria. Ella nos siguió por varios días, gritando: Estos hombres son servidores del Muy-Alto, que os anuncian el camino de salvación."

La expresión "espíritu de Python" designa, en el lenguaje de aquel tiempo, á un mal espíritu. Era usada por los Judíos ortodoxos, que solamente admitían la profecía oficial, reconocida, garantizada por la autoridad sacerdotal, y cuando esas enseñanzas eran conformes con las suyas; y por el contrario, condenaban la profecía popular, practicada sobre todo por mujeres que sacaban provecho de ella, como aun hoy lo hacen ciertos médiums retribuidos. Pero esta calificación de "espíritu de Python" era muchas veces arbitraria. Encontramos la prueba de esto en el hecho de que la vidente ó "pitonisa" de Endor, que sirvió de intermediaria á Saul para comunicarse con el espíritu de Samuel, poseía también, según la expresión bíblica, un "espíritu de Python." No es posible, sin embargo, confundir el espíritu del profeta Samuel con espíritus de orden inferior. La escena descrita por la Biblia es de una grandeza imponente, y presenta todos los caracteres de una manifestación elevada. (1)

En el caso de la joven sirvienta, citado más arriba por S. Pablo, si se admite que los malos espíritus pudiesen predicar el Evangelio como sucesores de los apóstoles, se hacía difícil distinguir la fuente de las inspiraciones.

A esto era á lo que se dedicaban los fieles en todas circunstancias, en sus asambleas. Lo encontramos confirmado en un documento célebre, del que damos aquí el análisis:

La Didachè, pequeño tratado descubierto en 1873 en la biblioteca del patriarcado de Jerusalem, en Constantinopla, probablemente compuesto en Egipto por los años 120 y 160, esperece nueva luz acerca de la organización de la Iglesia cristiana á principios del II siglo, sobre su culto y su fe; comprende varias partes: la primera, esencialmente moral, abraza seis capítulos destinados á la instrucción de los catecúmenos. Lo que llama la atención, sobre todo, en este catecismo, es la ausencia completa de todo elemento dogmático. La segunda parte trata del culto, es decir, del bautismo, de la oración y de la comunión; la tercera comprende una liturgia y cierta disciplina. En ella se recomienda la observancia del domingo; *provee de reglas para distinguir á los verdaderos profetas* (léase médiums) *de los falsos*; indica las condiciones requeridas para ser obispo ó diácono, y termina por un capítulo sobre las cosas finales y la *Parousie* ó vuelta del Christo.

Esta obra presenta un cuadro de la Iglesia primitiva muy diferente de lo que habitualmente se imagina. Ha sido traducida en francés y publicada por Paul Sabatier, doctor en Teología en Estrasburgo. (París, Fischbacher, 1885.)

(1) Véase I Sam., XXVIII, 6.

Lo mismo que los Fariseos acusaban á ciertos profetas de estar inspirados por el "espíritu de Python," así, entre los sacerdotes católicos de nuestros días, hay algunos que atribuyen las manifestaciones espíritas á los demonios ó espíritus infernales: "Los demonios son, dice el arzobispo de Tolosa en su carta pastoral de cuaresma, 1875, pues no es permitido consultar á los muertos Dios les niega la facultad de satisfacer nuestra vana curiosidad."

No se lo negó seguramente á Samuel en el caso mencionado antes, al satisfacer la curiosidad de Saul en Endor.

Mas no todos los sacerdotes católicos participan de esta opinión. En el seno de ese mismo clero algunos espíritus perspicaces han comprendido la importancia de las manifestaciones espíritas y su carácter verdadero.

El Padre Lacordaire escribía el 30 de Junio de 1853 á Madame Svetchine, con motivo de las mesas giratorias:

"Podrá ser también que, por este medio, Dios quiera proporciónar el desarrollo de las fuerzas espirituales aplicado al de las fuerzas materiales, á fin de que el hombre no olvide, en presencia de las maravillas de la mecánica, que hay dos mundos incluidos el uno en el otro, el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus."

El Padre P. Le Brun, del Oratorio, en su obra intitulada: *Historia de las prácticas supersticiosas*, t. VI, p. 358, se expresa así:

"Las almas que gozan de la bienaventuranza eterna, entregadas á la contemplación de la gloria de Dios, no por eso dejan de interesarse todavía por lo que respecta á los hombres de cuyas miserias han participado, y como ellas han logrado alcanzar la dicha de los ángeles, todos los escritores sagrados les atribuyen el privilegio de poder, en forma de cuerpos aéreos, hacerse visibles á sus hermanos que aún están sobre la tierra, para consolarlos y hacerles saber las voluntades divinas."

El abate Marouzeau escribía á Allan Kardec:

"Haced ver al hombre que es inmortal. Nada puede secundaros mejor en esta noble tarea como la comprobación de los espíritus de ultratumba y sus manifestaciones. Sólo con esto llegaréis á ayudar á la religión, combatiendo á su lado en los combates de Dios."

El abate Lecanu, en su *Historia de Satanás*, aprecia en estos terminos el papel moral del espiritismo:

"Siguiendo las máximas del *Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, hay lo bastante para hacerse un santo sobre la tierra."

Así pues, por un lado en la Iglesia católica se condena al espiritismo como contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia, y por otro, se le considera como un auxiliar de la religión y se le califica como "combate de Dios." En vista de semejantes contradicciones grande debe ser la perplejidad de los creyentes. Lo mismo pasa en el seno de la Iglesia protestante. Muchos de

sus pastores, y no de los menos eminentes, acuden al espiritismo sin rodeos. Puede leerse con este motivo la opinión emitida por el pastor Bénézech, de Montauban, en sus Pláticas de 1892.

En Londres, el reverendo Haweis predicaba no há mucho la "doctrina de los Muertos" en la iglesia de Marylebone, é invitaba á su auditorio á pasar á la sacristía después de su sermón para que examinaran las fotografías de espíritus.

Más recientemente aún, en la iglesia de San Jacobo, el mismo orador predicaba aludiendo á "las tendencias del espiritismo moderno," y concluía diciendo que "los hechos espíritas están en perfecta concordancia con el mecanismo general y las teorías de la religión cristiana." (Traducido de la revista *Light*, de Londres, 7 de Agosto, 1897.)

Algunos pastores americanos han entrado en este orden de ideas.

Las *Neue Spiritualistische Blätter*, del 16 de Marzo de 1893, publican la traducción de un artículo de M. Savage, pastor de la Iglesia unitaria de Boston, en el cual este pensador, este escritor de mérito, bien conocido en los Estados Unidos, da cuenta de sus investigaciones en el terreno psíquico, y relata de qué modo se vió precisado á creer en los hechos espíritas.

Reproduciremos aquí este artículo:

"Con respecto á estas cuestiones, era yo, como en la antigüedad lo eran las gentes honradas de Jerusalem, de Corinto y de Roma con respecto al cristianismo: me parecía que era una superstición perniciosa. Una vez, fundado en mi invencible ignorancia, hice, contra mis ideas, un discurso dividido en cuatro puntos, después de lo cual me sorprendí bastante de que todavía hubiese entre mis conocidos personas ilustradas que persistiesen siempre en creerlo.

"Hace ya diez y siete años que una persona de mi Iglesia perdió á su padre. Poco tiempo después, esta persona vino á confiarme que había ido con un amigo á buscar un medium que le había dicho ciertas cosas convincentes, y me suplicaba le diese un consejo. Comprendí entonces que no me correspondía dar consejo acerca de un asunto que yo no conocía, y ante el cual toda mi ciencia consistía en prejuicios. La rápida extensión del espiritismo entre las clases ilustradas de Boston me hizo comprender que era necesario para mí someter á un serio examen los fenómenos en cuestión, puesto que era posible, ó más bien probable, que otros individuos también de mi Iglesia me pidieran explicaciones en ese particular. Entonces me dije: que sean verdaderas ó falsas, es necesario, en todo caso, que yo estudie estas cosas á fondo para poder ser buen consejero. Comprendí que debería estar avergonzado de no tener opinión alguna respecto de lo expresado en el Antiguo y el Nuevo Testamento relativo á las apariciones y á las influencias del demonio. ¿Para qué ensoberbecerme de mi ignorancia, con motivo de cosas que para los miembros de mi Iglesia tenían cierta importancia? Me convencí de que era mi deber estudiar concien-